



Olga Chorro. Fotografía: María Luisa Passarge.

# Para editar a Rogelio Cuéllar\*

F E D E R I C O C A M P B E L L

**T**odas las cosas nos hablan: la migaja de pan sobre el mantel, la anciana sin hambre ni esperanza, el letrero que corona una ventana cuadrículada, la pierna de un tarahumara, el grito de un manifestante político, el arbusto desnudo que se delinea contra el amanecer... Todos los objetos nos hablan: el vaso sobre la mesa, la mesa vista desde diversos ángulos, el vaso lleno de agua, el vaso bocabajo. Una carretilla nos *habla*. Nos dice: avanzo levantada e impulsada por un par de brazos. Y los brazos nos dicen: formamos parte de un tronco y, en última instancia, de un hombre... o de una mujer. Una bicicleta nos habla. Va hacia atrás o adelante. ¿Por qué una bicicleta y no una mula? ¿Por qué una carretilla y no una bicicleta? El sueño escoge: elige: selecciona: discrimina: edita. Este objeto y no el otro.

\* Catálogo de la exposición *Reflexiones/Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980.

Esta ciudad y no la otra. Este campo mexicano y no el desolado horizonte de las dunas en la costa argelina.

En el comedor de un asilo para ancianos, la mesa, los platos, las tazas, pertenecen a un espacio y acompañan a un personaje. Nos hablan. Nos dicen muchas cosas desde esa misma combinación de objetos, ruidos, olores, desaliento, soledad, vejez. La imagen *edita* su momento, excluye materiales, incorpora características, hace énfasis en las cosas que aparecen en primer o segundo plano, o en un tercer nivel que no obedece —como la tina y la jaula colgadas de la pared— la ley de la gravedad ni las presiones ambientales... salvo las de la luz.

Encontramos a un hombre en la calle. Lo saludamos. Le sonreímos o no. Hablamos de esto pero no de aquello: editamos. El interfecto cae en un malentendido: no corregimos su error: componemos una despedida más o menos fría o más o menos cálida, y el hombre se marcha con una cierta imagen nuestra que *editamos* automática y convenientemente. ¿Pero en verdad se lleva la imagen que le editamos o la que él ha editado eliminando datos, incluyendo otros detalles, no recordando otros, confundiendo otros? Él también edita... a su manera. Iguales exclusiones, énfasis, reiteraciones se producen al hablar por teléfono. Editamos nuestra conversación. Al otro lado de la línea un editor más sagaz comenta a medias, conforma verdades o mentiras a medias y, como en la fotografía, deja fuera de encuadre lo que no encaja en la edición. Unos tonos resultan más grises o más negros que otros, o más blancos. El corte, el encuadramiento que se provoca en la fotografía, en la página impresionable, escoge e incluye: la fotografía nace, surge a la luz, mata algunas aristas en la oscuridad: se edita. Y de ese cambio de matices vienen los resultados.

Como la tecla de la máquina de escribir poesía, el gatillo de los fusiles que desploman tiranos, el dispa-

rador de la cámara fotográfica nos pone en contacto con un fragmento de la realidad y del tiempo que, antes, en nuestra infinita inconsciencia, no supimos percibir.

Y para aquellos que no sabemos ver, para aquellos que hemos perdido la sensibilidad —o que la perdemos por momentos—, Rogelio Cuéllar edita una forma y una sombra, una luz y una diluida riqueza que se escurre en el más allá del paisaje y de los rostros que a su vez nos contemplan sin emitir juicio alguno.

La vida de una ciudad o de un campo se manifiestan ante nuestros ojos segundo a segundo, minuto a minuto, pero sólo el ojo mágico o satánico de la cámara se permite congelar el instante para paralizar y revivir el tiempo y plasmarlo en un documento histórico que no permite ninguna refutación.

Las instantáneas imágenes que día con día salen a nuestro encuentro (muchas veces sin que nos demos cuenta de ellas) irrumpieron en el vientre de la cámara de Rogelio Cuéllar y se instalaron allí, para siempre. El fotógrafo no se propuso de una manera racional reunir desde un principio todas esas fotografías para mostrarlas como un todo. No. Simplemente las fue tomando día con día, de cuando en vez, cuando iba o volvía del cumplimiento de alguna misión periodística, mientras fatigaba las calles en busca de otros objetos menos inocentes y seguramente más osados.

Pero... ¡basta! Una fotografía no necesita explicaciones fundadas en la palabra. No sólo no precisa de la verbalización calificadora y vana, sino que cualquier intento de delimitación verbal la maniata sin justificación alguna. Sólo habría que añadir en este caso, tal vez, que entre la realidad y el observador, entre la lámina que aloja a la fotografía y el espectador, se encuentra alerta y lúcido el ojo de un gran artista: Rogelio Cuéllar. ●



Luis Argudín. Fotografía: María Luisa Passarge.